

ANTHONY QUINN

EL PECADO ORIGINAL



ANTHONY QUINN

El pecado original

Traducción de Gregorio Vlastelica

POMAIRE

Sinopsis

Resumen y sinópsis de El Pecado Original de Anthony Quinn

Autobiografía de rabiosa honestidad de una de las mas explosivas personalidades del cine y el teatro contemporaneo, la búsqueda de un hombre que quiere descubrir los motivos profundos de sus éxitos y fracasos.

Quinn habla de sus fantasmas, que le persiguen día a día, que no le dejan en paz, fantasmas que le empujaron a este examen de si mismo, de lo que significa ser un actor famoso, de haber nacido en la miseria, de tener sangre irlandesa y mexicana a la vez, de ser católico, de ser arrogante, orgulloso, victorioso, envidiado, y sin embargo desgarrado por la duda.

Traductor: Vlastelica, Gregorio

Autor: Quinn, Anthony

©1973, POMAIRE

ISBN: 9780316728980

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 17/06/2018

Anthony Quinn

El pecado original

Autobiografía

TÍTULO original

The Original Sin, a self-portrait

ISBN 0-316-72898-5

Editor original

Little, Brown & Company

Traducción Gregorio Vlastelica

© 1972 by Anthony Quinn

©1973 by EDITORIAL POMAIRES, S. A.

ISBN: 84-286-0393-6 (rústica)

84-286-0394-4 (tela)

Depósito Legal: B. 33.562 • 1973

Printed in Spain

Impreso por I. G. M. Pareja Montaña, 16 * Barcelona – España

A mi madre,
que me perdonó el día que nació

Vivía en Nueva York, en medio de mis bienes, mi familia y mi posición social. En Times Square, se exhibían simultáneamente tres películas más y, al mismo tiempo, yo actuaba en una obra. Por donde miraran Broadway, encontrarían mi nombre escrito con letras luminosas.

Un grupo de encantadoras damas de una asociación teatral ofreció un almuerzo en mi honor. Invitaron a importantes personalidades de diversos campos para rendirme un homenaje.

Cuando me tocó hablar, intenté expresar mis agradecimientos. Comencé a titubear. Miré a la multitud de rostros afales y expectantes que tenía delante, y en ese momento me escuché decir entre dientes que me sentía un fracaso total. Todavía recuerdo la sorprendida incredulidad y la consternación con que recibieron mis palabras. Todo el

mundo quería escuchar unas frases triviales y divertidas y, en cambio, ahí estaba yo afirmando le que el éxito no significaba nada para mí.

Cuando terminé, mis anfitrionas aplaudieron cortésmente, pero las había herido. Había dado un estrepitoso faux pas al usar su foro como un confesionario.

A la salida, me detuvo un actor joven. Pensé que entre todos él me comprendería, Pero, por el contrario, estaba indignado.

—¡Eres una mierda! Nunca me he sentido tan avergonzado de alguien como hoy. Jamás había escuchado una humildad tan falsa. Si tú no eres un éxito, ¿quién lo es?

El pobre tipo había protagonizado una vez una película, pero su carrera se había interrumpido. Estaba intentando reanudarla, pero se encontraba con serias dificultades. Supongo que se sentía identificado conmigo y deseaba alcanzar la altura, aparentemente envidiable, a que yo había llegado.

Me dejó solo en la calle y se alejó furioso.

Yo me dirigí a la casa que poseía en la Seventieth con Park Avenue. Me había costado una fortuna. Tenía seis pisos y cada uno de ellos estaba repleto de muebles de época, pinturas, esculturas y libros valiosos. Pensar en todo lo que poseía no me ofrecía ningún consuelo. Mientras caminaba por la Fifth Avenue, tenía la impresión de que sus enormes edificios se desplomaban sobre mí. Crucé hacia Central Park y comencé a correr. Mi pánico aumentaba a cada paso. Corrí hasta que creí que mis pulmones iban a reventar. Ya exhausto, me dejé caer sobre un montículo cubierto de césped desde donde se veía la represa.

Me embargaba un intenso deseo de llorar, pero mi garganta no reaccionaba. Sentía el dolor más hondo que he conocido, pero no podía derramar una lágrima. De rodillas pedí a Dios que me ayudara. No hubo respuesta. Esperé con los ojos cerrados. Esperé, pero Él debe haber estado ocupado en algún otro lugar.

Cuando abrí los ojos, las luces de la ciudad parpadeaban por todos lados.

Fue entonces cuando vi al «niño». Se encontraba bajo un árbol. Me levanté y con gran esfuerzo traté de acercarme. Él se volvió y se alejó corriendo.

—¡Tú, chaval desvergonzado, tú me hiciste hacerlo! Si te agarro alguna vez... —Pero había desaparecido.

Esa noche cuando llegué al teatro, había perdido la voz. Sólo podía hablar en un susurro. Se llamó a un médico. Llegó rápidamente y me examinó la garganta. Dijo que no padecía ningún mal físico.

—Entonces ¿por qué demonios no puedo hablar?

—No lo sé —dijo—. O tiene vegetaciones en las cuerdas vocales, que no alcanzo a ver, o se le ha enredado una mentira en la garganta.

¡¡¡Una mentira en la garganta!!!

¡Había miles de mentiras atrapadas en mi garganta! ¿Cuál de todas era la que me incapacitaba?

Aquella noche me las arreglé de alguna manera para llegar al final de la función. Traté de enfrentar la verdad, la verdad total de mi vida, aunque el público sólo escuchó una voz áspera que se expresaba con dificultad sobre el escenario. No podían saber con cuánto dolor.

Había visto cómo se juntaban las nubes, más amenazadoras que nunca, y ahora la tormenta se había detenido sobre mí. Estaba solo en medio del desierto y no tenía un lugar donde ocultarme.

«¿Qué provecho obtiene el hombre de todo el trabajo que emprende bajo el sol?»

Comprendí que todo el trabajo que había realizado era sólo vanidad y profundo dolor.

¿Por qué no encontraba el descanso en la noche?

Ahora que debía estar disfrutando de la madurez de mi vida, ¿por qué nada tenía sentido?

Me ahogaba.

Estaba perdido.

—Niño, ayúdame —grité—. Ayúdame o nos ahogaremos los dos.

EL DESPACHO tenía el mismo aspecto que cientos de otros, instalados según el mismo molde. El escritorio estaba cuidadosamente provisto del habitual par de estilográficas que nunca funcionan, un secante de cuero artificial, un reloj de bronce y un calendario giratorio.

Sentado detrás del escritorio había un hombre grande y comunicativo, que llevaba un traje de tweed de una marca que había recibido mucha publicidad. En ese momento, lo único personal en la habitación era su sonrisa. Sentado frente a él, traté de definirla, pero fracasé en mi intento. Desde mi entrada en el despacho, no nos habíamos dicho nada de importancia, aparte del intercambio normal de comentarios corteses o divertidos. Finalmente, le pregunté si debía recostarme sobre el sofá.

—¿Por qué? —sonrió el doctor—. ¿Está cansado?

—No —dije— sólo pensé que...

—No tengo la impresión de que usted esté muy enfermo, señor Quinn. Póngase cómodo y conversaremos.

No tenía nada que ver con lo que yo me había imaginado.

—Hace unos pocos días lo vi en una película italiana. La última escena con usted llorando en la playa era endiabladamente conmovedora.

¡Mierda! Le estaba pagando cincuenta dólares por hora a este hijo de puta, y resultaba que sólo era un admirador más.

—No sé nada sobre cine —continuó—. Usted es el primer actor con quien entablo una relación profesional, de modo que perdóneme si le hago preguntas estúpidas. En esa última escena, por ejemplo, ¿sus lágrimas eran reales o habían sido provocadas oliendo cebollas o algo por el estilo?

¡Habían pasado quince minutos de esa preciosa hora y estábamos hablando de cine!

—No, doctor. Eran auténticas.

—¿Quiere decir que lloró de verdad?

¡Así que va a ser uno de esos?

—Si, lloré.

—¿Qué hace un actor para llorar? Me imagino que tendrá que recordar momentos dolorosos de su vida para derramar lágrimas verdaderas.

¡Dios!

—Debe ser una especie de autoanálisis, ¿verdad?

«No se preocupe, "pensé", ha habido bastante dolor en mi vida. Tengo de dónde sacarlo.»

—Supongo que sí —me encogí de hombros.

—¿Pensaba en algún momento en particular, esa vez en la playa?

—Sí.

—¿Cuál?

—Bueno, en primer lugar, pensaba en el pobre desgraciado que estaba interpretando. Había llevado una vida dura y sin sentido. Nunca había conocido el amor. Al encontrarlo finalmente, no había sabido qué hacer con él, excepto destruirlo. Allí en la playa, sintió la inmensidad del espacio, la eternidad que tendría que enfrentar solo. Probablemente, era la primera vez que había visto realmente las estrellas, y para él representaban lo infinito de su propia soledad. No pude evitar un nudo en la garganta al recordar la escena.

—Se siente muy identificado con el personaje, ¿verdad?

—Tengo que identificarme con todos los personajes que interpreto. No siempre lo logro.

De repente, me di cuenta de que el doctor no era un mero admirador.

—¿Cree en el amor, señor Quinn?

La pregunta me anonadó. Quise levantarme y partir. La idea de someterme a este análisis era dolorosa y me resultaba violento. Me sentí encerrado, cogido por la claustrofobia. Dudaba mucho de que me fuese a gustar esta persona. Era demasiado rubicundo, demasiado saludable. Probablemente, de ideas anticuadas.

—¿Cree en el amor?

Ese era el fondo del problema.

Por eso estaba sentado allí como un idiota.

Si me hubiese preguntado: ¿Cree en Dios? podría haber hurgado en mi bolsa de argumentos teológicos y haberlos justificado con mis lecturas y mi experiencia personal. Me había iniciado bastante en el tema como para superar esa carrera de obstáculos. Pero «¿Cree en el amor?» ésa era la importante. La más importante de todas.

Pensé, sí...

Amo los primeros días de la primavera cuando aparecen las hojas.

Amo el sol y el mar.

Amo el sonido de la risa de los niños.

Amo el susurro de los árboles.

Amo el olor picante de la tierra después de la lluvia.

Amo la inocencia de la primera nieve.

Amo la música mexicana.

Amo a Puccini.

Amo el saber.

Amo el sueño reparador.

Amo descubrir el mundo.

Amo el olor del incienso en la iglesia.

Amo a Thomas Wolfe.

Amo a Rouault.

Amo a Miguel Angel.

Amo a mis hijos.

Por supuesto que creía en el amor, el amor del que habló Jesús y Gandhi. Pero ¿había sido alguna vez capaz de amar incondicionalmente? Ciertamente que amaba a mis hijos y, sin embargo les había impuesto mis leyes.

Con las mujeres había fracasado totalmente. En ese caso, mis condiciones eran rígidas y arcaicas, resultado de mi educación religiosa y mi herencia. La sangre india en mis venas era demasiado fuerte para permitir enloquecidas ideas modernas. Con las mujeres, ninguna flexibilidad era posible.

—Donde tú vayas, yo iré; y donde te cobijes, me cobijaré; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios.

El doctor esperaba pacientemente mi respuesta.

—El tipo de amor en el que creo es demasiado complejo para responder sólo con un sí o un no —dije—. Pero, por el momento, digamos que sí. Creo realmente en el amor.

—Entonces no se preocupe. Todo se va a solucionar. Intentó hacer un comentario divertido.

—Un hombre que cree en el amor no puede estar demasiado enfermo.

Sonreí débilmente ante lo insulso de la afirmación.

—Tengo que reconocer que cuando me llamó el otro día quedé totalmente desconcertado —continuó—. Mi esposa y yo lo hemos visto en muchas películas. Estuve investigando sobre usted, antes de su llegada.

Sacó una carpeta. Contenía una serie de recortes de periódicos. Los examinó hasta que encontró el que buscaba.

—Aquí está. Dice que usted nació en México durante la revolución.

—Sí. El 21 de abril de 1915.

—Continúa diciendo que tanto su padre como su madre lucharon al lado de Pancho Villa. ¿Es cierto?

—Sí, supongo que sí.

—¿Por qué lo dice en ese tono?

—Quiero decir que fue un período confuso. Lo siento. Sí, efectivamente lucharon junto a Pancho Villa.

El doctor hizo un gesto de asentimiento.

—Temo que todo lo que sé acerca de la Revolución Mexicana es lo que vi en la película Viva Villa con Wallace Beery. ¿Era él así?

—Creo que Beery estaba estupendo en ese papel, pero considero que no captó la fogosa intensidad de Villa.

—¿Qué quiere decir?

Entonces le conté una anécdota que me había relatado mi padre y que se refería a aquella vez que Villa cabalgó hasta la cumbre de una colina y vio por primera vez el Océano Pacífico. Contempló la inmensidad del mar durante varios minutos sin decir una palabra. Luego, tiró las riendas de su caballo, se volvió y comenzó a descender.

Su lugarteniente, que cabalgaba detrás de él, le dijo:

—Digno de verse, ¿verdad, Jefe?

—No es lo bastante grande como para apagar mi sed —respondió Pancho, por encima del hombro.

—Todo un comentario —dijo el doctor—. ¿Qué edad tenía usted cuando se lo contó su padre?

—Era sólo un niño.

—¿Y ha conservado el recuerdo durante todos estos años?

—Sí.

—¿Siente que el océano no es lo suficiente grande para apagar su sed, señor Quinn?

—Sí.

Si el doctor tenía alguna duda respecto de que me encontraba enfermo, se había desvanecido con mi respuesta.

Al diablo con él, pensé, que se gane su dinero.

El rostro del hombre no dejó ver ninguna reacción, y continuó examinando los recortes.

—Aquí agregan que su padre era un aventurero irlandés y su madre una princesa azteca.

Tuve que reírme fuerte.

Levantó la vista.

—¿De qué se ríe? ¿Acaso no es cierto?

—Mi padre era, en parte, descendiente de irlandeses, eso es verdad. Pero me reía de esa idiotéz sobre la princesa india.

—Cuando lo leímos, mi mujer y yo, pensamos que no dejaba de tener cierta romanticismo.

—Supongo que eso era lo que el Departamento de Publicidad de la Paramount Pictures quería. Les pareció que el hecho de que mi madre fuese mexicana a secas no era lo bastante romántico.

—¿Por qué razón?

—Demonios, doctor, usted vive en Los Angeles. Sabe lo que la mayoría de la gente de aquí piensa de los mexicanos.

—No, no lo sé. Sólo hace un par de años que vivo aquí, Tony. ¿Puedo llamarte Tony?

La pregunta acerca de los mexicanos me había irritado. Empezaba a ver al doctor como un desagradable tejano de co-

gote colorado.

—Por supuesto. Siempre que yo pueda llamarte por tu nombre de pila.

Se rió a carcajadas.

—Puedes llamarme como quieras. En todo caso antes de que termine el tratamiento, me llamarás muchas cosas más.

—Bueno, ser mexicano en el sur de California no es exactamente un «ábrete sésamo». Durante años ha habido en los restaurantes y en las salas de fiesta letreros que decían: «Prohibida la entrada a los mexicanos.» Los mexicanos eran flojos, ladrones, grasientos; o «charros» o Pachucos, marihuaneros.

—¿Has fumado marihuana alguna vez, Tony?

—No, nunca.

Hizo algunas anotaciones en una hoja de papel. No podía dejar de preguntarme qué diablos estaría escribiendo.

En el edificio de enfrente, alcanzaba a ver el consultorio de un dentista. Un tipo con un delantal blanco examinaba atentamente la dentadura de una anciana.

—¿Cómo era tu madre cuando joven?

Podía ver cómo el hombre de blanco comenzaba a hacer una perforación.

El doctor advirtió que estaba mirando por la ventana, se levantó y bajó las persianas. Me alegré de no tener que contemplar esa operación.

—Te hice una pregunta, Tony. ¿Cómo era tu madre cuando joven?

La había escuchado, pero estaba intentando desesperadamente evitar la respuesta.

El doctor sonrió para mostrarme que comprendía.

¡Dios! ¿Cómo era mi madre? ¿Fue joven alguna vez?

Si comenzaba a decirle la verdad a este carajo probablemente iba a pensar que yo era uno de esos tipos que tienen un complejo con su madre. Resultaba demasiado sencillo. Incluso no se necesitaba ser psiquiatra para comprenderlo. ¿Qué le digo? ¿Qué mi madre preparaba el mejor chile con carne del mundo? ¿Le hablo del hambre y del sufrimiento? ¿Le digo la verdad?

Sí, ella era joven entonces en Juárez. Ambos éramos jóvenes entonces, cuando estábamos solos. En realidad, no necesitábamos a nadie más. El uno tenía al otro. Tal vez fuera allí donde comenzó el problema. Pero eso también es demasiado simple. No puedo negar que se complicó cuando él regresó.

Tenía tres años y comprendí que había encontrado un rival superior a mí. Sabía que perdería ante mi padre. Era demasiado grande para que yo pudiese competir con él, de modo que en vez de eso decidí amarlo. Pero ocupó mi lugar y quizás por eso me he pasado el resto de mi vida tratando de parecerme a él.

¿Cómo era mi madre? Se lo había preguntado hacía unos pocos días. Sabía que la respuesta podía estar allí, en algún rincón del pasado.

—Mamá, ¿recuerdas aquella vez en que yo caminaba por el borde del techo de una choza de adobe, en algún lugar en El Paso o quizás Juárez? Me acuerdo de la choza y de la escalera y de ti allí abajo, llamándome, pidiéndome que tuviera cuidado que no me moviera. Hiciste que un hombre subiera por la escalera y me cogiera. Recuerdo que casi disfruté con tu espanto. En cierto modo, me divertía burlándome de ti. A través de tu terror y tu preocupación, yo podía sentir que realmente me querías. Mientras más te preocupabas, más feliz era yo. Y finalmente el hombre subió y me bajó consigo y tú me apretaste entre tus brazos y me besaste como si yo hubiera resucitado de entre los muertos.

¿Cuándo fue, mamá?

—Es imposible que puedas recordar eso, hijo. Te lo debo haber contado yo.

—No, mamá. Lo recuerdo muy bien. ¿Cuándo fue?

—Eso sucedió cuando tenías un año y medio, más o menos.

—Lo recuerdo, mamá. Todavía puedo ver tu rostro. Todavía puedo ver el rostro del hombre que subió a buscarme, y esa escalera. Casi puedo tocarla, incluso en este mismo instante.

—¿Por qué estás tratando de volver al pasado, hijo?

—Mamá, ¿no fue en aquella época en que trabajabas en casa de una mujer rubia? Recuerdo que jugaba en el patio cuando tú lavabas la ropa y cocinabas.

—Y ella ¿qué tiene que ver?

—¿No quiso adoptarme una vez, o algo así?

—Pero, hijo, sólo tenías 18 meses. ¿Cómo es posible que...?

—Mamá, lo recuerdo.

—Bueno, ¿y qué hay con ella? ¿Dices que nos escuchaste hablar?

—Sí, escuché que ésa mujer te ofrecía cierta cantidad de dinero por mí. Dijo que quería adoptarme y mandarme a la escuela y entonces tú dijiste: Lo pensaré.

—Oh no, hijo. No me vas a decir que realmente creíste que yo te iba a vender o regalar. Me sentí insultada, pero no podía decirle a la mujer: ¿Con quién cree usted que está hablando? Tal vez tengas razón. Tal vez debía haberle dado una bofetada o algo por el estilo, pero me sentía avergonzada. Después de todo, yo trabajaba para ella. Parecía una señora muy inteligente y cuando me habló de eso me dijo: «Después de todo, Nellie, es un hermoso niño y yo nunca he tenido hijos y mi marido y yo lo queremos mucho.» La vida era difícil para nosotros, como bien sabes, y algunas veces no había podido alimentarte. No me gustaba verte con hambre y pensé que quizás fuese una oportunidad maravillosa. Eran gente muy rica, una pareja americana muy decente, y yo tenía tantos deseos de que crecieras en los Estados Unidos. Vivía con el temor constante de que nos enviaran de vuelta a México. No lo hacía por mí. Tony. Pensaba en ti. Me preguntaba si no era por egoísmo que te conservaba conmigo. Sí, dije que pensaría sobre eso. Pensé: ¿No soy egoísta al quedarme con el niño? Eras muy inteligente y hermoso. Todo el mundo te quería, y yo no dejaba de decirme a mí misma que quizás tuvieran razón, que quizás yo no merecía un niño así. Te parecías mucho a tu padre. Y yo pensaba que quizás no iba a poder proporcionarte lo que necesitabas, que quizás ibas a terminar siendo